

De Zamora a Cuba

Lourdes Rodríguez García

Toda persona tiene historias o anécdotas que contar en un momento de su vida, algún pasado... Y con el permiso de la gran historia de la Humanidad, quisiera a la memoria de mi padre, rendirle un breve homenaje por el centenario de su nacimiento, de lo que fueron sus experiencias vividas en su terruño natal, Puebla de Sanabria, Zamora, y en Cuba. Pienso que vale la pena contarla. A mi familia.

MEMORIAS DEL EMIGRANTE

De mis recuerdos, añoranzas,
querida tierra, verte quisiera,
como un signo clavado, te llevo
de lo que fue una partida.
Bajo mi piel, los recuerdos y alegrías,
de mi niñez, cantatas y algarabías.
Sanabria, Zamora, crucificada mi infancia
y mi tristeza, lo que fue mi despedida
Mejor sería para un encuentro, distante ya en el tiempo.
¡Qué oportuno para mis añoranzas!,
no están perdidas,
de lo que fue esa partida
Castilla y León.
Montañas, pastos y lagos
y de Sanabria en su comarca
¡cuánta alegría de saberte algún día!

NIÑEZ EN ZAMORA, ADOLESCENCIA EN CUBA

Desde muy pequeña, escuchaba a mi padre hablar y por supuesto de mujer también, sobre sus vivencias y sus anécdotas en Zamora con tremendo orgullo. Lo hacía de forma especial con la familia y con sus compañeros de trabajo y yo lo escuchaba con cierto grado de curiosidad preguntándole por su provincia, Zamora, y con brillo en sus ojos me respondía como siempre, tan lleno de recuerdos que yo sentía orgullo de ese zamorano ausente ya, pero presente en mis recuerdos.

En el año 1908, un 24 de noviembre, nació un varón hijo de Santiago Rodríguez García y Paula Carbajo Rodríguez, el más chico de los cinco hermanos, en una aldea de Puebla de Sanabria, al cual le pusieron por nombre Juan Manuel Rodríguez Carbajo. Sus hermanos eran José Melchor que era el mayor, Bartolo y dos hijas gemelas que fallecieron siendo muy chicas por lo que quedaron los tres hermanos varones.

Contaba que la casa era de piedra, la detallaba muy bien. Tenía una sala, una cocina y tres dormitorios ubicados en forma rectangular y que para proteger a las ovejas del frío las ponían en una habitación continua a la casa, algo así como un cobertizo. Recordaba que en un año nevó tanto que fue necesario reforzar el techo de la vivienda. También recordaba lo dura que era la vida en esa época. Su papá, el abuelo Santiago, era jornalero y trabajaba en la agricultura junto con el hermano mayor de mi padre, José Melchor, que trabajaba con otros jóvenes y uno de ellos era de la familia Ramos García, cerca a la frontera de Portugal.

En las cercanías del Lago de Sanabria un niño de nueve años crecía fuerte, solía pescar y jugar con las nutrias y estaba dedicado al cuidado de los rebaños de ovejas (ganado lanar), destinadas a venderse en el mercado para poder ganarse la vida y ayudar a la abuela Paula, pues corría el año 1917 y su padre, Santiago, había emigrado para Cuba. Entonces, los tres hijos quedaron al abrigo de mi abuela, pues los tres chicos tenían responsabilidades en la casa y en la agricultura, a parte de los estudios en los que, en esa época, mi padre había alcanzado un tercer grado.

La abuela tejía unos cubrecamas y tapetes. Recuerdo algunas cosas tejidas que quedaron aquí en Cuba hechas por ella, los recuerdos que tengo de Paula son breves, porque cuando ella muere yo tenía a penas cinco años y fallece con la edad de 90 años en 1961.

Solía ella decirle a mi padre... “vamos Juan Manuel tienes que apurarte, llegarás tarde a la iglesia. Deja a los perros anda, anda, apresúrate que tu hermano Bartolo me ayudará con el rebaño, el Padre quiere verte...”. Pues claro, llegó a ser monaguillo según contaba que ayudaba en los oficios de la Iglesia pero, cosa curiosa en él, a veces le preguntaba al cura por los razonamientos

bíblicos. “¿Por qué Padre estamos castigados por los pecados de Adán y Eva?”. No sé si tuvo la respuesta acertada posteriormente, sólo que el párroco le dijo “vamos que no tenemos tiempo, vaya usted a tocar las campanas que comenzaremos la misa en unos instantes”.

En una de sus narraciones, se le escuchaba mencionar sobre sus tres perros mastines que tenían un collar de acero con estrías colocado en su cuello para defenderse de las mordidas de los lobos.

Un día de regreso a la casa, después de llevar las ovejas al mercado, presencié la pelea de uno de sus perros con un lobo y al acudir los otros dos, el lobo se retiró corriendo. Decía que las orejas del perro parecían flecos y lo tuvo que curar y le decía... “¡tú sí que eres un perro guapo, mira cómo te ha dejado ese lobo, por poco te quedas sin orejas chicho!”.

Me decía sobre las fiestas que se hacían en su pueblo, los bailes, la muñeira y la jota; sobre cómo se veían las cuatro estaciones del año; la belleza de la primavera esperada por todos después de un invierno crudo. Recordaba mi padre la gripe que tuvo en uno de esos inviernos, con una fiebre muy alta y que las manos las tenía despellejadas. La abuela le había buscado el médico recetándole las medicinas, pero, cuando todo el mundo dormía, sintió deseos de tomar vino, entonces fue a la cocina a coger una vejiga o bota donde se guardaba y de tal manera se bebió todo el vino, sólo que al otro día amaneció sin fiebre pero no pudo levantarse del mareo que tenía, por eso decía con tanto orgullo que los mejores vinos eran de Zamora al igual que los quesos de cabra.

Recordaba, a veces, y se echaba a reír de las maldades con los demás muchachos del pueblo. En una ocasión a una chiva le colgaron latas al cuello y le pusieron un trapo por encima, de forma que iba por todo el pueblo corriendo y berreando hasta entrar en el cementerio, que parecía un fantasma escapado y que dicho cementerio quedaba cerca de la iglesia, por lo que yo recuerdo sobre las anécdotas de su infancia.

ADOLESCENCIA EN CUBA

Cuando el hermano mayor de mi padre, ya referido, parte a Cuba, (primeramente cayó en las quintas en las que se escogía a uno de cada cinco para el servicio militar) planificó su salida del país para venir a Cuba, aunque manejaba las posibilidades de ir a Argentina también. Hubo una gran tristeza en la familia pues quedaban mi abuela y dos hijos, aunque en la familia de mi papá, por lo que sé, había una tía paterna soltera y unos primos, hijos de otra tía por parte de la abuela y que la familia era corta.

El tío Melchor decide marchar a Cuba en el año 1919, recordando también, que el abuelo emigró dos años antes y que cuando se fue el tío Melchor perdió la comunicación y estuvieron muy preocupados.

En el año 1922 por el temor de mi abuela a que sus dos hijos que quedaban al amparo de ella, fueran reclutados para la guerra de Marruecos, deciden salir y abordan el barco para emigrar hacia Cuba (no recuerdo el nombre del barco). Mi padre tenía entonces 14 años pues en Cuba cumplió los 15. Pocos meses después de su llegada al país, no fue fácil para la familia encontrar al abuelo ni al hijo mayor entonces, ya aquí empiezan otros relatos del adolescente Juan Manuel.

La familia Rodríguez Carbajo se instala en la ciudad de La Habana en el barrio llamado Lawton (para tener una referencia más exacta está a 5 kilómetros del Capitolio de la capital).

Mi padre decía que al principio de su llegada no le fue fácil, para nada, adaptarse a algunas comidas tradicionales cubanas por ejemplo, el aguacate se come como ensalada, la harina es de maíz, los moros y cristianos (frijol negro y arroz blanco) y sobre todo, la yuca, una vianda como un tallo alargado en forma de raíz, eso es lo que la diferencia de los demás tubérculos. En su anécdota recordaba que tenía una vecina, una mujer de mediana edad de raza negra, que le había llevado a la abuela un poco de yuca cocinada con su aliño (aceite, ajo y naranja agria). La vecina le decía “vamos Juanito por favor, pruébalo que está riquísimo” y la señora, de una forma solidaria le insistía, pero mi padre le respondió “¡No hombre, yo no como esas raíces!”. Y se levantó de la mesa con una gran mueca, como si fuera a vomitar, pero no pasó de ahí, pues según decía, se fue adaptando (que en Cuba también se dice aplatanarse) no solamente a las comidas sino también a otras costumbres, por ejemplo, aparte de las emigraciones españolas hacia Cuba, como decía el poeta nacional cubano Nicolás Guillén en sus poesías, de todo mezclado con negros, mulatos, el típico criollo cubano al que se le dice “trigueño”, que en España y otros países es el clásico moreno, también están los chinos, algunos polacos, judíos que eran los pocos, pues predominaba mucho el mestizaje.

En “Poemas mulatos”, La Habana 1931, el poeta se refiere en el prólogo del libro a los mismos elementos de la composición étnica de Cuba, donde todos somos un poco nísperos (*sic*) donde se cruzan y entrecruzan, en nuestra bien regada hidrografía social, tantas corrientes capilares, que sería trabajo de miniatura desenredar el jeroglífico.

Decía mi padre que las jergas o el “lenguaje cubano” no lo entendía y fue un poco difícil para él, pero, por supuesto, él nunca perdió su acento de castellano y, como siempre, se refería a Castilla la Vieja y a su terruño. Como aquí en Cuba a todos los españoles les dicen “gallegos” pues un día, comentaba que hacía bastante frío, por supuesto para él no hacía frío porque se encontraba sentado en camiseta en el portal de su casa en Lawton, a poco tiempo de llegar de España siendo apenas un jovencuelo, y que pasaba un muchacho negrito por la acera, que era vecino cercano de él, y le dijo: “oye gallego ¿tú no tienes frío?”.

A mi padre le dieron ganas de cogerlo por el cuello y le decía... “¡Carajo no me digan más gallego que yo soy castellano, de Zamora!”. Hasta que se adaptó a la idiosincrasia cubana y de escucharlo frecuentemente, pues entonces esto eran, más o menos, los encontronazos para un emigrante.

En sus anécdotas comentaba que había trabajado en una bodega (establecimientos de comercio y venta de víveres) de las que actualmente existen en Cuba y popularmente se les llama así, pero quebró la bodega por fiarles a los vecinos cercanos. Era una época difícil porque había muchos desempleados, según el gobierno de turno que se encontraba en la República, y esa situación se sostuvo unos meses. Las personas se alimentaban de harina con boniato y picadillo de vaca o de res, o simplemente, ropa vieja¹ que era picada con las manos después de cocinar la carne y se hacía con papa sofreída en aceite.

También, en su adolescencia, fue monaguillo en Cuba, según comentaba mi padre.

HISTORIAS DE UN ZAMORANO EN CUBA

En la década de 1930, mi padre comenzó a trabajar en la residencia del Senador José Manuel Cortina como sirviente. Contaba entonces con 21 ó 22 años de edad y dicha residencia actualmente es la Casa de Cultura de la FEU (Federación Estudiantil Universitaria) ubicada en K y 27 en el reparto Vedado, ciudad de La Habana.

El Senador Cortina fue considerado orador de la República o príncipe de la palabra, según narra la historia, el cual estuvo en el Senado desde 1924 hasta 1932 y fue nombrado también Presidente de la Cámara de Relaciones Exteriores de esa época en que Cuba se encontraba con la influencia norteamericana desde que le declararon la guerra a España en 1898. Posteriormente, en los periodos de la seudo República desde 1902, Cuba promulgó su Constitución Republicana y Estados Unidos impuso la Enmienda Platt como apéndice, pues según archivo, este Senador tiene que ver con el tratado derogativo de la Enmienda, teniendo en cuenta que el país entre los años 1933 y 1940 estuvo regido por gobiernos provisionales, rigiendo los partidos Liberal y Conservador.

Mi padre posteriormente fue ayudante de cámara del Senador Cortina, según comentaba en sus narraciones, y un día en que se encontraba en la recámara u oficina acomodando unos libros, llegó el señor Cortina preguntándole:

¹ Plato tradicional cubano y del Caribe cuyo ingrediente principal es la carne de falda de ternera deshebrada con los dedos. (N.E.).

—“Me podría decir Juan Manuel... ¿dónde está mi corbata y la ropa que me quité anoche?”.

—“Si señor, la señora Josefa (esposa del Senador su nombre completo era María Josefa) ha mandado retirarla para lavandería”.

—“Ah, mire, tiene que fijarse más la próxima vez con todas las cosas y tener mucho cuidado porque por menos que esto se fusila en Rusia”.

—“¡Bueno Doctor eso es en Rusia pero aquí estamos en Cuba Libre!”.

Al senador Cortina no le agradó esa respuesta, “imagínate...” decía mi padre. Era un hombre alto de casi algo más de cincuenta años de edad, más bien delgado (por lo que yo recuerdo de sus anécdotas) se abalanzó hacia mi padre diciéndole con una voz de ultratumba y más bien calmado:

—“¡Eres un falto de respeto!”.

—“Perdone Doctor pero no creo haberle ofendido”.

Mi padre, como joven, al fin un mozalbeta de casi 22 años de edad, se encontraba en una situación incómoda según narraba. Mientras el senador le venía encima, él reulaba hacia atrás hasta que chocó con una bastonera de la que extrajo un bastón y le dijo al Senador:

—“Si da un paso más no respondo de mí”.

—“Baja ese bastón,....” —le respondió con una voz de ultratumba a mi padre que se sentía como si la tensión le hubiera subido de una forma brusca. Tiró el bastón el cual se desenvainó y cayó clavado de punta en un diván.

—“Disculpe usted Doctor pero no me siento bien”.

Se retiró a su cuarto de sirviente en el cual había un timbre largo que se diferenciaba de los demás. Muchas cosas le pasaron por la mente a mi padre y ningunas agradables, tenía un fuerte dolor de cabeza y una de las sirvientas fue a buscarlo diciéndole que el Doctor quería verle. A casi menos de la hora de lo sucedido, vuelve a tocar el timbre largo, mi padre se dispone a conversar con el Senador, el cual lo estaba esperando en su despacho sentado en una silla y le colocó otra silla a mi padre para tenerlo frente a frente, donde las rodillas de mi padre quedaron tocando las rodillas del Senador y le dijo...

—“Usted sabe lo que pasó hoy, ¿verdad?”.

—“Si señor, defenderme de un hombre que tal vez me quería golpear o dar un puñetazo en la cara y mire, déjeme decirle que yo tuve padre aunque se fue de España cuando yo era un niño, de Zamora, la región donde nací, y no he sentido en mi cuerpo golpeaduras por hombres. A si que me disculpa usted porque yo no soy un hijo de puta”.

Seguidamente oyó decirle al Senador.

—“¡Así se habla carajo! No como los demás que hipócritamente me alaban diciéndome sí doctorcito, no doctorcito. Lo felicito Juan Manuel por su honradez y valentía”.

Recuerdo que mi padre decía que José M. Cortina era un hombre inteligente y que supo ganarse la confianza de él y decía que después siguió trabajando como año y medio.

En esa época del 1933 mi padre contrajo matrimonio con una mujer que trabajaba en la misma casa de Cortina llamada Obdulia Rodríguez procedente de Galicia. De ese matrimonio nacieron tres hijas Delia, María Antonia y Esther y vivieron en el mismo reparto de Lawton. Cuando mi hermana Esther tenía seis años de edad, la madre fallece en el año 1949, teniendo casi las hijas mayores 13 y 14 años de edad con lo cual, mi abuela Paula y mi padre estuvieron al cuidado.

En esta misma década mi padre trabajaba en una compañía americana, la fábrica de pinturas Sherwin Williams, en el área de producción. En esa época mi padre conocía a dos coterráneos suyos que trabajaban en dicha fábrica y también fueron vecinos del barrio. Sus nombres eran Antonio Furones el cual fue el padrino de María Antonia, la segunda hija de mi padre, y el otro amigo se llamaba Ramiro Colino. Ambos eran zamoranos y yo tuve la suerte de conocerlos también desde pequeña. Después, mi padre contrae matrimonio con mi madre Aleida García Llera, oriunda de la provincia de Villa Clara, en Placetas. Desde el año 1948 la familia, por parte de madre, había venido a vivir a La Habana. De ese matrimonio, nació la que suscribe el 12 de octubre de 1956, en la misma ciudad en el hospital materno “Hijas de Galicia” y mi nombre es Lourdes Rodríguez García.

Ya en esta década se encuentra con su hermano José Melchor porque estuvo investigando sobre su paradero y lo logró. El tío Melchor ya se había casado con una emigrante de Islas Canarias y de esa unión nacieron cinco hijos, cuatro varones y una hembra. Estaban residiendo en la provincia de Villa Clara. Yo conocí a mi tío Melchor a la edad de cinco años en la casa de Lawton, el cual venía a quedarse unos días con su hijo Rolando que era el más chico. En el año 1977 fallece el tío Melchor.

De los años 1960 recuerdo ver a mi padre muy entregado a su trabajo. Él tenía entonces el cargo de Jefe del Departamento de barnices en dicha fábrica de pinturas y todos los compañeros le tenían mucho respeto y estima. Era buen compañero, siempre dispuesto a enseñar a los más jóvenes trabajadores que se incorporaban a trabajar. Todavía hay un vecino, ya jubilado, que se llama Lito que me habla de mi padre, sobre su inteligencia, sagacidad, compañerismo, capacidad de sobreponerse a los obstáculos que podían presentarse, integridad... Recuerda este señor un incidente que se había presentado en la paila² donde se preparaba el barniz, la cual se incendió por la espuma que

² Lata o recipiente grande donde se almacena la pintura. (N.E.).

había alcanzado hasta el borde de la misma. En ese momento mi padre se encontraba en el laboratorio con el químico confrontando la viscosidad del barniz, pero cuando oyó el alboroto fue a ver lo que pasaba y se refirió a Lito diciéndole... “mira, acuérdate de que no te puedes descuidar nunca. Trata que esto no suceda más. Las medidas de protección están dadas, por eso no tienes que poner el extintor al lado de la paila, pero tener el cuidado de no pasarte en las dosificaciones de la fórmula química y prepárate que en ti delego el cargo para cuando me jubile”. Lito le reprochaba que no tenía experiencia como él, pero Juan Manuel le respondió: “Mira Lito, yo no soy universitario y hasta donde he llegado a conocer es por mi interés y mi dedicación, no solamente es la experiencia, es proponértelo y hacer lo que te propongas en la vida y con la buena voluntad de que sí puedes, porque la vida también se conquista con la constancia así que vaya acercándose a esta decisión”.

Y concluye este hombre diciéndome acerca de mi padre que, en verdad, él fue autodidacta aunque se preparó en los cursos que se daban a principio de la Revolución a través de la escuela obrero-campesina.

Yo recuerdo que mi madre guardaba un recorte de periódico donde mi padre se veía al lado de la paila de barnices, cuando aquí en Cuba, a principio de la Revolución, ya habían nacionalizado las industrias y fábricas, y en el pie de la foto del periódico decía el texto: “Juan Manuel Rodríguez es uno de los trabajadores más valiosos por haberse acordado de las fórmulas químicas y se ha podido avanzar en la industria petroquímica” (los industrialistas norteamericanos se habían llevado las patentes cuando nacionalizaron las industrias a partir de 1962). En la casa se conservan los diplomas otorgados a mi padre como “Trabajador de honor” y uno de ellos firmado por el Ministro de Industria que fue por el comandante Ernesto Guevara, “el Che”. Al viejo Juan le decían cariñosamente “Manolo Barniz” en la fábrica sus compañeros de trabajo. Tenía como hobbies la caza deportiva de palomas torcaz y rabiche, que es un tipo de paloma más pequeña y también la pesca.

Su descendencia está compuesta por cuatro hijas, seis nietos de los que mi hija Diana Laura es la más chiquita con casi ocho años que cumplirá en el mes de mayo. También están los bisnietos que son ocho y un tataranieto.

A modo de resumen, sólo les digo que tuve un padre muy dedicado a su familia y como cualquier emigrante tuvo sus encontronazos como diría él. Yo lo pude disfrutar hasta mis treinta años de edad, pues el fallece el 19 de diciembre de 1986 con 78 años a causa de una obstrucción de la arteria femoral, en el hospital “La Benéfica”, en la sala de cuidados de angiología.



Juan Manuel a la edad de 25 años.



Con su mamá Paula y su esposa Aleida (1955).



En una tarde de cacería en Güines, municipio de la Provincia Habana.



Juan Manuel en un día de pesca.



Juan Manuel en la fábrica de pintura con sus compañeros de trabajo.



Con su familia en el cumpleaños de su nieta Esthercita.



Juan Manuel con sus tres hijas mayores y familia.